

ESCENA SÉPTIMA

ESCOBEDO, AGNES Y JOSEFINA

ESCOBEDO

(A la Princesa.)

Señora, he observado que no convienen para usted ni la temperatura ni el ambiente que reinan en Querétaro. Hay mucho calor, hay mucho tifo, las tropas están infestadas y de permanecer aquí, muy pronto se contagiaría con cualquiera de las muchas dolencias que reinan... Tiene usted que salir de prisa.

AGNES

No entiendo, general.

ESCOBEDO

Y por cierto que va á salir usted acompañada; irá en unión de los ministros extranjeros, que ya no tienen objeto en Querétaro porque han terminado su misión.

AGNES

(Sorprendida.)

Pero si yo no quiero salir de Querétaro, si yo no tengo temor al contagio. Si...

ESCOBEDO

Pero está en mi obligación cuidar la preciosa vida de usted y las otras igualmente preciosas de los distinguidos diplomáticos que rodean á Maximiliano.

AGNES

Yo necesito ver el fin del Emperador y no saldré antes de que se falle su causa.

ESCOBEDO

El fin del Emperador es incierto y apenas si puedo asegurarle á usted que no logrará fugarse ni sobornar á nadie, ni llegar á donde la buena intención de sus amigos lo desea.

AGNES

Pues bien, si lo sabe todo, póngame prisionera, coloque centinelas de vista en mi cuarto, entérese de todos mis pasos, averigüe quién me visita, tome todas las providencias que sean menester para saber lo que yo haga, diga y piense; pero por Dios que no me haga salir de la ciudad porque es una pena más grande que la que merece mi delito.

ESCOBEDO

(Sin parar atención en lo que dice la Princesa.)

Irá usted á un pueblo lleno de calma, de gente sencilla y candorosa que no la molestará á usted metiéndola en empresas impropias de su posición y de su sexo... Usted creyó cohechar á mis oficiales y todos obraban de acuerdo conmigo; creyó que con hacer firmar libranzas hipotéticas á los ministros extranjeros, distraía de su deber á gentes acostumbradas á cumplirlo siempre; forjó planes fantásticos en compañía de la Sra. Ubiarco que me escucha, y juntas trataron de agenciar dinero, caballos, armas, de sobornar oficiales y de realizar planes descabellados, sin fondo ni razón. Es tiempo ya de que el Gobierno ponga mano en esas temibles conjuras y las deshaga de un soplo mandándola á usted que se aleje de Querétaro, expulsando á los ministros extranjeros y previniéndole á su compañera que solamente no se le envía fuera de la ciudad por los respetos que me merece su deudo el coronel Olivos.

JOSEFINA

(Enajenada y olvidando su calma anterior.)

Señor general, cuanto usted dice es cierto y no tenemos por qué ocultárselo, ni por qué negarlo una vez que usted lo ha descubierto. Ha sido más astuto que nosotros

y nada más natural que se lleve el resultado; pero sépalo, y sépalo una vez por todas, que la crueldad del Gobierno es muy mal vista aun por los mismos liberales que tienen algo de corazón y un poco de cariño á su tierra; que la horrible é inútil represalia que intenta no puede llevarse á cabo sin que intervengan y protesten todos los gobiernos del orbe civilizado y que...

ESCOBEDO

No he solicitado, señora, el parecer de usted acerca de los pasos que doy; pero sí le prevengo que tan pronto como averigüe que sigue usted tratando de agenciar caballos para Miramón, dinero para Maximiliano, ó auxilios para cualquiera de los condenados, tendré la pena de aplicarle alguna disposición muy severa... En cuanto á los ministros ya les he hablado, pero asegúrenles ustedes una vez más en mi nombre que estoy dispuesto á colgarles si continúan en sus maquinaciones ó no se marchan de Querétaro tan pronto como se lo tengo ordenado.

AGNES

No se saldrá usted con su capricho, entiéndalo bien; no me retiraré de Querétaro, ni aun llevada á la fuerza y puede contar con que yo...

(Antes de concluir este parlamento, la desgraciada Princesa ha agitado las manos, movido todo el cuerpo, paseándose por la habitación y gritado destempladamente, hasta que por fin cae al suelo presa de un horrible ataque que la hace torcer la boca, poner los ojos en blanco, azotarse contra el pavimento y lanzar gritos ahogados. Con grandes dificultades Escobedo, Josefina y los ayudantes del general, consiguen calmar á la enferma, y, metiéndola dentro de un coche, la conducen fuera de la ciudad.)

ESCENA OCTAVA

JOSEFINA, PEPE BRAMBILA, OLIVOS, varios jefes republicanos.

OLIVOS

(Que llega nervioso y azorado, dice con atropellamiento, dirigiéndose el grupo:)

Noticia fresquecita; en este instante, que son las diez y media de la noche del 13 de Junio de 1867, se acaba de dictar sentencia en contra de Maximiliano, Miramón y Mejía. Tres días hacía que yo estaba llevándole la pluma al fiscal Aspíroz para poner en limpio la requisitoria que presentó; por cierto que la retocó muchísimo, trufándola de citas de autores y comprobando hasta la evidencia que merecen los acusados la pena que indica... «Concluyo por la Nación, dice, pidiendo que sean pasados por las armas los expresados reos: Maximiliano, conforme á los artículos 13 y 24, y los otros dos, conforme á los artículos 1.º, fracción IV, XIII y primera parte del 26 de la ley de 25 de Enero de 1862»... ¡Es una cosa terrible! Hoy á las seis de

la mañana se hallaban formados frente al templo de Capuchinas cincuenta cazadores de Galeana, montados, armados y equipados con la correspondiente dotación de oficiales y cincuenta hombres del batallón de la guardia de Supremos Poderes en los mismos términos que la fuerza anterior según su arma; todo á las órdenes de Miguel Palacios, jefe de la segunda brigada. El Consejo se reunió en el Teatro de Iturbide, que por cierto tenía en el foro una decoración que simulaba una columnata de templo griego; presidió la asamblea Platón Sánchez, y formaba parte de ella José Ramírez, Emilio Lojero, Ignacio Jurado, José Verástegui, Lucas Villagrán y Juan Rueda y Auza, con presencia del asesor, Joaquín Escoto. Fueron defensores Próspero Vega, por don Tomás Mejía; don Ignacio Jáuregui y don Ambrosio Moreno, por Miramón, y Vázquez y Ortega por Maximiliano.

JOSEFINA

¿Y don Mariano Riva Palacio, y don Rafael Martínez de la Torre?

BRAMBILA

Esos están en San Luis, atareadísimos, tratando de convencer á Juárez de que debe indultar á los reos; trabajo les mando porque se me figura que de esta hecha ya

tienen para hundirse... Todos los licenciados soltaron los picos de oro, y cuál más cuál menos dijeron cosas encantadoras; pero ni todas las argucias, ni todas las mentiras de la jurisprudencia, bastarán para convencer á nadie de que tengan razón.

JOSEFINA

¿Y usted qué sabe, escribientillo de mala muerte, ni qué tiene que juzgar de que hablaron bien ó mal esos señores, cuyos argumentos quizás no llegué á catar?

PEPE

En primer término, sí sé lo que hablaban y por qué lo hablaban, y en segundo lugar tenía cerca de mí á media docena de abogadazos que estaban haciendo trizas la argumentación de los defensores. En fin, que esto terminó y que no tendremos Imperio por mucho tiempo.

JOSEFINA

No cante usted victoria; todavía queda Juárez, que á regañadientes y sin quererlo puede conceder el indulto obligado por los Estados Unidos ó por Europa. No es cualquier cosa esa de tener que ponerse frente á frente del

mundo entero, sólo por llevar á cabo un capricho de indio testarudo y falto de entendimiento.

PEPE

¡Qué poco conoce usted á don Benito, señora! Si todas las potencias del infierno y todos los bienaventurados del paraíso y todos los reyes y monarcas juntos se pusieran de acuerdo para obligarle á abandonar lo que considera que es justo, no lograrían nada ni conseguirían ablandarle un ápice. La condenación de Maximiliano y de los suyos no es obra de mala voluntad, ni de venganza, ni de deseos de sacar avantes las instituciones liberales sobre las imperialistas; es asunto decidido consciente, clara, maduramente, desde hace mucho tiempo, y al matar al Emperador, Juárez no hace más que cumplir con la voluntad nacional. ¡Ay de él, si por cualquier circunstancia cometiera el error incalificable de perdonar al Archiduque!; no durarían un momento más su gobierno ni su vida. Pero no haya miedo que haga semejante cosa, pues arrestos le sobran para escabechar á otros Emperadores que vinieran tras éste.

(Todos se retiran comentando con grandes aspasientos la resolución del tribunal; Pepe y Josefina marchan de bracero, riéndose alegremente, como si la antigua dama de honor hubiera recibido la noticia más satisfactoria y que debiera agradarle más.)

ESCENA NOVENA

MAXIMILIANO, MIRAMÓN, el PADRE LADRÓN DE GUEVARA.

Miguel escribe á la luz de un velón y escucha las exhortaciones del padre Guevara.

EL PADRE GUEVARA

Sí, ¿qué vale esta existencia de miseria y de dolor, comparada con la que han de gozar los bienaventurados en la Jerusalem celestial? ¿Qué vale ser ministro, presidente, pontífice, lo más alto y lo más grande del mundo, junto á la corona de la bienaventuranza eterna?

MIRAMÓN

(Jovial y cariñoso.)

Ya concluí; he escrito á mi esposa, á mis amigos, á mis abogados, á mi hijo... ¡Ah, padre mío, qué triste instante éste y cuán doloroso es separarse de todo lo que se ha amado en una existencia entera!... Razón tenía Cristo al pedir que se apartara de su boca el cáliz de la muerte; ¡qué amargo, qué doloroso es!... Véales usted á todos, véales y dígales que mi último pensamiento ha sido para ellos; que muero firme, seguro en la misericordia de Dios, tranquilo por haber cumplido con mi deber al lado de mi Emperador... y cuando hable usted á mi niño, á Miguel—

el pobre me parece tan listillo, tan bueno, tan despierto, tan generoso que se me figura á ratos que ha heredado este fatal temperamento mío, esta tendencia á mandar hombres, á forjar pueblos, este amor á las cosas grandes y este afán de supervivencia que siempre ha torturado mis entrañas... — si le ve usted, aleje de su mente la idea de vengarme; que ruegue á Dios por mí, que le sirva á su patria sin interés y con nobleza... ¡Pobre Concha, pobre mujer mía! La he enviado á San Luis seguro de que no obtendrá ninguna gracia; pero también seguro de que no sufrirá con el espectáculo de la horrenda muerte que me aguarda... ¡Pobrecitos niños, pobrecitos; sin padre que les mime, que les proteja, que les quiera y que les aleje de los peligros!... Parece ayer cuando yo, en mi loca ambición, creía ser el dueño de México y ser el dueño del mundo... ¡Qué locos, qué locos somos, y qué poca cosa somos! ¡qué nada la nuestra!...

EL PADRE GUEVARA

Menos que la arista que el fuego consume, menos que el heno que nace en los tejados. El salmista...

MIRAMÓN

Mire usted, padre, si mostrará disposiciones el mayorcito; quince años tiene y ha hecho ya una carta geográ-

fica de nuestro país; y vea qué rara casualidad: ha puesto entre las comarcas pertenecientes á México las que nos arrebataron los bandidos yanquis.

(Deja caer la cabeza entre la manos y la levanta lleno de fiera al ver al Emperador que penetra á la estancia, débil, demacrado, falto de fuerzas y destituido de todas sus energías; el padre Guevara, que se prepara á leer una lección del breviario, cierra el libro y se pone en pie.)

MAXIMILIANO

¡Hola, Miguel! ¡con qué gusto os veo en tan buena compañía y dado á la consideración de las cosas eternas, que nunca debíamos haber perdido de vista!

MIRAMÓN

Sire, un soldado piensa en las cosas eternas cuando pelea; no hay dos personalidades que se parezcan más que la de un asceta y la de un guerrero...

MAXIMILIANO

(Con voz queda y medrosa.)

¿Y creéis que nos fusilarán?

MIRAMÓN

Sire, desde que caí en manos de esta gente no he llegado á dudarlo ni un minuto. Es la suerte de la guerra:

si ellos hubieran caído en mis manos, ninguno lo habría contado; caímos nosotros en las suyas, y á ellos les toca hacer su deber; no ofende á otro el que hace uso de su derecho.

MAXIMILIANO

¡Por Dios, Miguel, qué teorías más horribles!

MIRAMÓN

Sire, en la guerra como en la guerra; con esto contábamos y nada más natural que nos sobrevenga.

MAXIMILIANO

Sin embargo, el indulto... Juárez...

MIRAMÓN

No creáis, Sire, en tales patrañas.

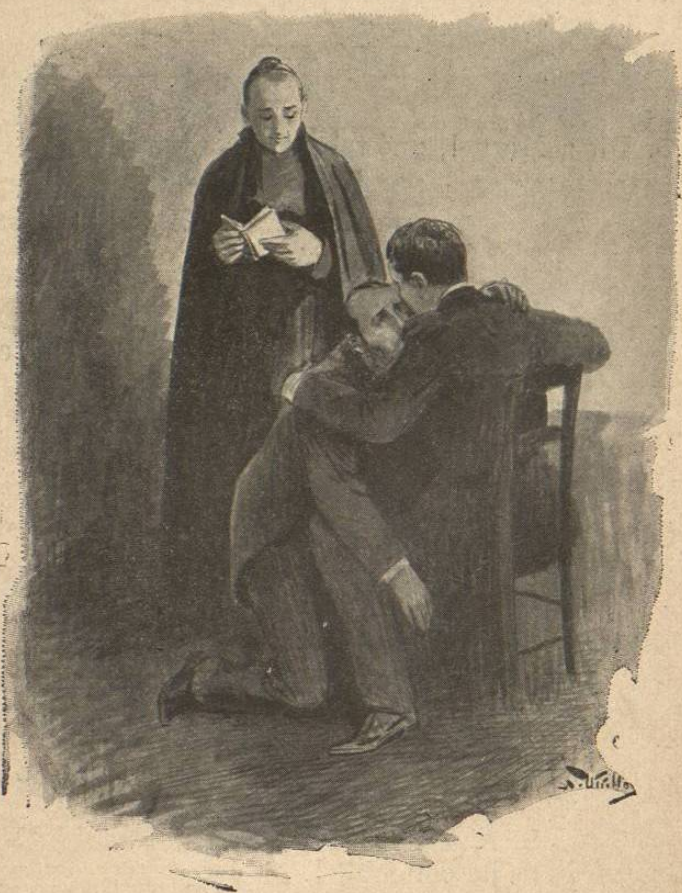
MAXIMILIANO

¡Qué tarde os he conocido!

MIRAMÓN

Ciertamente, ciertamente que me habéis conocido tarde; si me hubierais acordado vuestra confianza no perece-

ríamos en el cadalso, no se derrumbaría el Imperio y la patria tuviera otro porvenir; pero Dios lo ha querido así. ¡Pobre Emperador!...



MAXIMILIANO

(Con súbito arranque, se arroja á los pies de Marimón y le abraza las rodillas dejando caer su rostro lleno de lágrimas sobre el pecho del general, que se sorprende en gran manera por aquel caso inopinado.)

¡Perdonadme, Miguel, perdonadme!

(Solloza larga y ruidosamente.)

MIRAMÓN

(Con extrañeza.)

¿Perdonaros, Sire? ¿y qué tengo que perdonaros? He alcanzado la honra de estar á vuestro lado; he peleado hasta el último momento; os he sido leal y adicto como ninguno; miré por vos y por la libertad de mi patria. ¿Qué más puede ambicionar un soldado? ¿qué más puede ambicionar quien deseó siempre una muerte así?

(Maximiliano está deshecho en lágrimas é impidiendo que Miguel se alce del asiento en que se encuentra colocado.)

Alzaos, Sire, por Dios, que me apena veros así.

(Maximiliano se levanta violentamente y sale escapado del cuarto.)

MIRAMÓN

¡Qué extraño! ¿Habrá perdido el juicio? ¿De qué me pide perdón cuando yo no se lo pido á él ni tampoco se lo pido á la suerte que nos ha puesto en semejante estado?...

(Al padre Guevara.)

Dígale usted á Concha que arregle los honorarios de mis defensores, sobre todo los del licenciado Moreno: no vive más que de su profesión, y anda bastante apuradillo el pobre... Dígale que se cuide mucho y que cuide á

Tomo IV. — 171

los niños. Que trate de conservar cerca de sí á *Mademoiselle* y que rece mucho por el eterno descanso de esta mi alma inquieta, que tanto amó y ambicionó tanto en este mundo... Ordóñez tiene una trenza de cabello de mi madre; que Concha la recoja y procure que se conserve con respeto ó se entierre cuando muera alguna persona de la familia; que se resigne, que se cuide para la educación y el porvenir de mis hijos. Que le quite á Miguel cualquier idea de venganza... que piense un poco en el que la ha hecho sufrir tanto, pero que la ha amado tanto.

EL PADRE GUEVARA

(Sollozando.)

Despréndase, don Miguel, de todas las cosas terrenas; en el cielo no hay familia, ni amigos, ni deudos; créame á mí, allí está la paz, allí está la dicha...

MIRAMÓN

Sí, todas las puertas están cerradas menos las del cielo; estoy absolutamente resignado; ¡sólo me duele dejar este mundo por ella, por ellos!

(Rehaciéndose mediante un violento esfuerzo consueta al sacerdote, é incorporándose, dice satisfecho:)

Que venga, que venga á la hora que quiera; la aguardaré sonriente y tranquilo como la aguardé tantas veces

en mi vida de soldado: la muerte es la gran amiga del hombre de armas; es la única mujer que no falta á la cita suprema... ¡Bendita sea ella!

EL PADRE GUEVARA

Piense usted en Dios, piense en el Supremo Bien, piense en la otra vida...

ESCENA DÉCIMA

Cuarto de la prisión de MEJÍA. Don Tomás está más aplanado que de costumbre; sumido en un estupor verdaderamente búdico contempla con obstinación un trozo de pared desconchada sin que pase por su cabeza ni un pensamiento, ni la sombra de un deseo. El viejo guerrero, que al frente de una *culebra* de caballos se imponía en todos los pueblos de la sierra y era el cacique indisputado de la comarca, no recuerda sus tiempos anteriores, ni recoge del pasado una sola de aquellas piedrecillas que desde la infancia solemos poner como jalones del camino, como Pulgarcillo dejaba en el bosque los guijarros que le habían de llevar á la casa de sus padres. Acaba de salir la joven esposa del condenado á muerte; éste, no por estoicidad, ni con esfuerzo, ni mediante un trabajo cualquiera ha demostrado su indiferencia manifiesta para la vida y lejos de mirar que el panorama se le ensancha, lejos de contemplar horizontes de otra vida mejor y de dolerse de dejar ésta, nada mira, nada pide, nada siente, presa de aquella anestesia moral y física que le domina. De repente oye pasos precipitados que se detienen ante su celda, ve una gran luz y contempla la figura un tanto desgarbada, un mucho marcial del general vencedor, don MARIANO ESCOBEDO, que sin cumplidos se mete hasta tocar con el catre del sentenciado, ordenando á su comitiva que se detenga en el corredor.